

La Eucaristía, antídoto universal al veneno del liberalismo

Hoy las personas, familias y sociedades agonizan y mueren por el peor de los venenos: el *liberalismo*. Ese es su nombre científico: consiste en una falsa concepción de la libertad, que la pone como el valor máximo, esencial, en cierto modo único para la humanidad. Los sabios antiguos siempre habían definido al hombre como *animal racional*. Pero el liberalismo lo redefine como *animal libre*: lo propio y específico de la persona humana, que la distingue de todo lo demás, no es ya su racionalidad, sino su *libertad*.

¡Tomemos nota del diagnóstico! ¿Acaso no es paso fundamental que el médico logre descubrir qué es lo que está matando al enfermo? Y no es cualquier veneno, sino la esencia misma de todo tóxico del alma. La ilusión que está en el fondo de todo pecado, que le da fuerza, su más íntimo motor, es la ilusión liberal: «*Non serviam!*» ¡No serviré, no seré esclavo de nadie!

Pues bien, este veneno universal, causante de todas las enfermedades, ¿tiene remedio? Los remedios que curan todas las demás enfermedades espirituales, son sólo paliativos del liberalismo, causante de todas ellas. Sólo hay un *antídoto universal del liberalismo*: el *Santísimo Sacramento de la Eucaristía*; y ello tanto en el individuo, como en la familia y en la sociedad.

1º La Eucaristía, antídoto del liberalismo en el individuo.

LIBERTAD DE PENSAR.

La primera libertad que reclama el liberalismo es la *libertad de pensamiento*. Eres libre de pensar lo que quieras, de tener tu opinión; si no, no tienes personalidad. Y aunque haya menos margen de libertad en las ciencias exactas, debe haber libertad sobre todo en la ciencia del bien y del mal: sólo yo puedo juzgar lo que a mí me aprovecha o perjudica. Y de allí la primera renuncia: No a los magisterios de autoridad, que encarcelan la inteligencia dictando lo que hay que pensar. *No al Magisterio de la Iglesia.*

¿Y por qué la Eucaristía es el remedio propio de este mal? Porque es *el misterio de nuestra fe*, el que exige la mayor entrega y rendición de la inteligencia, y el que más pedagógicamente explica y hace aceptar los demás misterios. La Eucaristía pide creer en la Trinidad y en la Encarnación, pues se nos ofrece la carne y

sangre del Hijo, por obra del Espíritu Santo, para la gloria del Padre; creer en la redención por la Cruz, en el Sacerdocio, en los Sacramentos, en la santidad de la Iglesia. Y todo hay que creerlo sin poder tocar, como Tomás, las llagas de Nuestro Señor, ni ver sus milagros. *Mysterium Fidei*: máxima exigencia de la fe.

LIBERTAD DE OBRAR.

De la libertad del pensamiento se sigue la *libertad de la conducta*. Si recibo de Dios los diez mandamientos que me dicen lo que está bien o está mal, tengo que obedecer; pero si soy libre en la ciencia del bien y del mal, hago lo que quiero. Los padres y maestros no están para proyectar sobre los niños sus maneras de obrar, sino para ampliarles y asegurarles sus márgenes de libertad. La única ley, el único límite, es la libertad de los demás.

¿Pero qué dice Jesús Eucaristía? Yo soy Dios, ¿y no ves mi docilidad? ¿Le resisto al sacerdote cuando me trae al Altar, o a ti cuando te acercas a comulgar? Yo, Dios, fui obediente a mi Padre hasta la muerte de la Cruz, y a los hombres hasta la muerte del Altar, ¿y tú, pequeñísima creatura, quieres alcanzar la libertad por los caminos que tú quieras? *Yo soy el Camino*: sigue el ejemplo de mi sumisión eucarística, y llegarás a la verdadera libertad.

LIBERTAD DE SENTIR.

Dale libertad a tus sentidos, ¿para qué los tienes? Reprimir tus deseos restringe tu personalidad y te termina enfermando. Nada le robas a tu novia si ella consiente en dar; tú eres libre, ella es libre. Vístete como te parezca, la otra no es dueña de los ojos de su esposo: que le deje libertad. El único pecado es no respetar la libertad de los demás.

Sin embargo, Jesús eucarístico nos dice: Yo, que soy la Pureza encarnada, me he envuelto en el blanco manto de la especie del pan aun para estar entre mis hijos. Me entrego a ti, mas «*no me toques*» (Jn. 20 17); he consagrado las manos de mis sacerdotes, les exijo que vivan en la pureza, y sin embargo me cubro en su presencia. Yo, que soy la Pureza misma y la Santidad, he renunciado a sentir y a que me sientan, ¿y tú no quieres dejar de ver y de que te vean? Si quieres «*gustar y ver qué bueno es el Señor*» (Sal. 33 9), escóndete como otra eucaristía.

LIBERTAD DE SER.

Los sofismas del liberalismo desatan un proceso que termina en la locura. «*El obrar sigue al ser*», decían los escolásticos, y tenían razón por una vez. Si eres libre de obrar, eres libre de ser. Que no te determinen los demás ni a ser varón o mujer. ¡Eres divino, te puedes autocrear con toda libertad!

Mas este orgullo, que llega a la insania infernal, halla remedio en la humildad eucarística, que parece locura a la sabiduría humana. Porque Nuestro Señor hace eucaristía en la Eucaristía hasta de la dignidad de su naturaleza humana, para darse en alimento y hacernos partícipes de la naturaleza divina. «*¡Porque la locura divina es más sabia que los hombres!*» (I Cor. 1 25). Si queremos llegar a ser dioses de verdad, la Eucaristía nos enseña la humildad de aceptar no ser considerados ni siquiera hombres.

LIBERTAD DE EXISTIR.

¡Eres libre de dar y quitar la vida! Sí, hasta allí llega el liberalismo. ¿Dios no te da hijos? Que te los fabriquen en una botella, que para eso progresó la ciencia. ¿Un hijo te limita tu libertad? Mátao antes que lo veas, que después puede que te dé pena; mas no te apures, que no es persona porque todavía no tiene libertad. ¿Te falta un órgano para seguir viviendo? Tienes derecho a vivir, y por tanto a quitarle sus órganos al primero que pierda la conciencia, pues una vez que no hay conciencia, ya no hay libertad y ya no es persona humana. ¿Tus padres están viejos y molestan? Mátaos, que los viejos tampoco son personas porque ya no se las arreglan por ellos mismos, no tienen libertad. El que no tiene libertad, no tiene ningún derecho para limitársela a los demás. Sólo la libertad pone límites a la libertad.

¿Y qué dice Jesús Eucaristía? *Yo soy la Vida*, y sólo quien me come tiene vida verdadera, vida eterna. Y cada día en el Altar estoy dando mi vida en sacrificio para que tú no la pierdas, por cada uno de tus hijos. Yo soy el Viático que suaviza la agonía de los enfermos. Yo soy el Pan que sostiene las debilidades de la vejez, y que hace que sus humillaciones sean purgatorio que les abre las puertas de la gloria celestial. ¡Dejad que los niños vengan a Mí! ¡Dejadme ser el Cireneo de todos los enfermos acercándoles la comunión! ¡Dejadme ser la corona de todos los que combatieron conmigo en una larga vida! La única verdadera institución *Pro-vida* es la Eucaristía.

2º La Eucaristía, antídoto del liberalismo en la familia.**LIBERTAD DE CONCIENCIA.**

¡Cuántas discusiones se tienen en familia! Pues bien, el liberalismo viene a ofrecernos la paz familiar, y para eso basta la *libertad de conciencia*. No te metas con mi conciencia: que nadie me juzgue, pues nadie está en mi interior; qué te importa lo que hago o no hago, mientras no te impida a ti ser libre como yo. Así le habla el esposo a la esposa, la esposa al esposo, los hijos a sus padres. Y la familia de tres, cinco o siete personas se divide en tres, cinco o siete pedazos, cada uno con excelente personalidad.

¿Pero qué hace la Eucaristía en la familia? Nos obliga ¡horror! a revelar nuestra conciencia. Porque la Misa se celebra en un mismo lugar, y si estamos en pecado mortal no podemos comulgar ¡delante de toda la familia! Entonces la esposa al esposo, el papá al hijo, puede decirle delicadamente: ¿Por qué no te confiesas? ¡Qué bienes enormes se derraman en la familia cuando la Eucaristía nos impide la *libertad de conciencia* y abre las puertas de la verdadera caridad!

3º La Eucaristía, antídoto del liberalismo en la sociedad.**LIBERTAD RELIGIOSA.**

La sociedad es la gran familia, y el liberalismo también le miente prometiéndole la paz. El principal motor de todas las guerras –dirá– es el fanatismo religio-

so. Yo sí estoy lleno de respeto por la religiosidad de los hombres y valoro enormemente la dimensión espiritual. Pero defiendo sobre todo la necesaria libertad espiritual que debe haber entre los hombres y la divinidad, y por eso me declaro protector de la convicción religiosa de cada hombre. Para vivir juntos en pacífica armonía, basta distinguir lo religioso de lo social. Que cada uno respete los semáforos y pague los impuestos; y entonces que sea todo lo religioso que quiera según lo que más le convenza; sólo hay que saber respetar la religiosidad de los demás.

Antes esto no era posible porque los hombres adoraban los ídolos de piedra y oro, y se peleaban por saber cuál debía estar en el centro de la ciudad. Ahora sabemos que la divinidad es espiritual, que no está aquí o allá, sino en el interior de las conciencias; que no tiene un rostro propio, sino el que cada uno le quiere pintar. ¿No dijo Jesús a la samaritana que «*Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad*» (Jn. 4 24)?

Sí, así dijo Nuestro Señor. Pero Dios se hizo Eucaristía, y resulta que el Dios Eucaristía ¡ocupa un lugar! Un lugar pequeñito, pero bien preciso en la ciudad. Y el Dios eucarístico ¡sigue teniendo un rostro! Un rostro simplecito, pero que nos obliga a mirar o a cerrar los ojos. Y entonces no permite la ilusión liberal. El Presidente puede salir al balcón de la Casa Rosada y gobernar en nombre de la democracia, aunque en su corazón se declare muy católico. Pero si de la Catedral sale la procesión del Santísimo, o se arrodilla y adora, o se queda de pie y blasfema. La Eucaristía le impide ser liberal.

Y la Eucaristía les impide ser liberales a los mismos sacerdotes. Porque yo, sacerdote, bien podría decir: Que cada cual responda por su conciencia, y que el que quiera confesarse que venga, que yo no tengo por qué ir a buscarlo. Pero resulta que a mí me toca dar o no dar la Comunión, y si se la doy al pecador público, Dios me lo reclamará. Ahora ya no puedo decir: ¿Quién soy yo para juzgarlo? Sí, lo debo juzgar, porque en mis manos está la Eucaristía, y me toca decidir si darla o no darla.

Conclusión.

Podrán ser liberales los protestantes, que no tienen la Eucaristía; podrán serlo los judíos y los musulmanes, que dicen adorar un Dios espiritual que está en todas partes o en ninguna; pero no puede serlo un católico que no haya perdido la fe en la Presencia Real. El católico liberal tiene que negar necesariamente el dogma eucarístico. Y sólo la Eucaristía es capaz de triunfar sobre la atracción diabólica de la bandera de la libertad: «*Cuando Yo sea elevado sobre los Altares, todo lo atraeré hacia mí*» (Jn. 12 32). No, las manifestaciones contra el aborto y contra todas las abominaciones liberales no van a triunfar hasta que no las encabece el Santísimo Sacramento.